

La Tumba de Sargerias

Escrito por Robert Brooks

Primera parte: El destino de otro

Casi toda la nave se había perdido. Consumida por el fuego.

Las cuadernas metálicas del casco, forjadas antaño en Lordaeron, descansaban en el fondo del océano, junto con los pasajeros y la tripulación. Solo algunos pequeños trozos de madera y tela chamuscados flotaban en la superficie, aún encendidos, con un brillo verde que iluminaba el oleaje.

Arderían durante horas. Un poco de agua no basta para extinguir el fuego vil.

Los restos llegaron a una costa de rocas negras. Una figura solitaria de piel seca, pálida y supurante de llagas se tambaleaba sobre la arena. Se acercó al agua para recoger lo que pudiera encontrar.

Levantó un tablón calcinado y lo olfateó. Su lengua se abalanzó rápidamente sobre una de las ascuas, que chisporroteó y se extinguió en medio de un siseo. Sus ojos se tornaron verdes, y sonrió.

—Más... necesito... más...

Nunca antes había saboreado la vileza. Un trozo más grande lo llamaba desde el sur. Empezó a avanzar, sin alejarse de la costa, pues sabía que no debía entrar en el territorio de las vigías.

Era difícil recordar un día sin aquella necesidad. Intentó hacer memoria. De seguro nunca existió un momento en el que lo tuviera todo. No. Era imposible. Esas memorias de él de pie en Suramar, consumiendo su ración de energía...

... esos días antes del exilio...

... eran solo fantasías que se desvanecían rápidamente. Eso era bueno. Sería más fácil una vez que desaparecieran.

No necesitaba a Suramar. Poder, eso era lo que ansiaba. No había consumido nada durante días, nada más que esa simple brasa, y no quedaba mucho por recoger. Había muchos más como él. Pero gran parte del naufragio permanecía todavía en el agua y traería consigo una nueva recompensa. Lo presentía. No estaba lejos. Así que siguió avanzando, ignorando el cansancio, en busca de aquello que rasgaba su mente.

Sabía que habría otros que se sentirían atraídos.

—Pero es mío, mío, mío, mío, mío...

Estaba tan cerca, lo llamaba desde el agua.

Justo allí.

Un cadáver yacía boca abajo en las rocas, arrastrado gentilmente por las olas. Quien quiera que fuese, había sido alguien sorprendentemente poderoso. Incluso muerto, su energía mágica brillaba como un segundo sol.

Sería un placer devorar cada fragmento de ella.

Tropezó en su apuro y empezó a gatear sobre sus palmas y rodillas. Escuchó gritos llenos de ira en la lejanía. Habían llegado otros. Ellos también comerían bien. Había suficiente para todos. Pero primero, él.

Apartó la capa negra que cubría el cuerpo. Un orco. Su piel verde vibraba con magia oscura y marcas extrañas. Nunca antes había visto un aura tan fuerte. Lo alimentaría por...

¿Días? ¿Semanas? ¿Años?

Sus dedos se encrespaban sobre el cadáver y extrajeron una muestra del potente resplandor. Era vil. Y hermoso. Y enseguida comenzó a beber.

Sintió energía. Fuego. Poder.

Sintió dolor. Sintió cómo la mano verde del cadáver se cerró alrededor de su garganta y la apretó con fuerza.

Sintió miedo. El orco estaba de pie, no era un cadáver, nunca lo fue. Sus ojos rojos brillantes miraban a los suyos: —No has pagado el precio de ese poder, no como yo —dijo el orco. Los ojos se entrecerraron y los labios se retorcieron en una sonrisa. —Pero, por favor, toma más.

El exiliado gritó. Torrentes de vileza corrupta inundaron su mente. Vivía de la magia. Ahora se ahogaba en ella, se sofocaba bajo un océano interminable de fuego verde. Estaba totalmente lleno, pero aun así seguía tomando.

Entonces, en un instante, todo desapareció. Toda la magia del orco, ahora suya, drenada hasta la última gota. Solo quedaba el vacío y la agonía.

Sin embargo, mientras su corazón se detenía, se dio cuenta de que haría lo que fuera por volver a tener ese poder...

Con un gesto casual, Gul'dan acabó con la vida del desdichado y lo convirtió en unas simples manchas húmedas sobre las rocas. Había tenido el aspecto de un elfo a los ojos de Gul'dan, pero no era como los invasores de Draenor. Esos no se veían tan enfermizos. —¿Qué era? —preguntó Gul'dan a su amo.

—*UN CAÍDO DE LA NOCHE. UN EXILIADO DE SURAMAR.*

Había más en las cercanías, huyendo, aunque no llegaron lejos. Gul'dan levantó las manos y, unos segundos después, los caídos de la noche se desplomaron sobre el suelo, muertos, convertidos en simples esqueletos marchitos. Líneas verdes de niebla brotaban de sus cuerpos hacia las palmas de Gul'dan y desaparecían bajo su piel.

Gul'dan cerró los ojos y exhaló lentamente. Su agotamiento pesaba un cabello menos, pero su satisfacción iba más allá que eso. Era bueno volver a ser el depredador. Si tan solo durara.

Se alejó lentamente de la orilla expuesta. No había necesidad de facilitarle las cosas a su perseguidor. No se detuvo hasta estar tierra adentro, oculto entre rocas y árboles desnudos y muertos.

Se sentó a descansar. —¿Este es el lugar? ¿Las Islas Quebradas? —preguntó.

—*SÍ, SIGUE ADELANTE.*

Gul'dan odiaba la forma en la que la voz de Kil'jaeden retumbaba en su cabeza. Había llenado su mente en el instante en el que había entrado a este mundo y no le permitía un momento de descanso. —Necesito tiempo —murmuró.

—*NO TIENES TIEMPO QUE PERDER.*

Gul'dan se apoyó sobre una roca. Su pacto con la Legión Ardiente le había dado poder, pero su postura era igual de torcida y encorvada como siempre. Su cuerpo mortal seguía débil. — Necesito tiempo. El archimago es más poderoso de lo que crees. Gul'dan casi había muerto en su nado a la costa, había usado solo su fuerza física. Si Khadgar hubiera detectado tan solo una pizca de energía vil alejándose del barco mercante en llamas... Bueno, no lo hizo, pero ahora Gul'dan apenas podía mantenerse de pie. —Solo necesito un momento.

—*No.*

Gul'dan se quedó inmóvil mientras recobraba el aliento.

—*¿ME DESOBEDECES?*

El orco siseó. Había cruzado a un mundo nuevo, robado un barco y navegado por un océano extraño, todo mientras un perseguidor incansable le pisaba los talones. Gul'dan no pudo contener la ira de sus palabras. —He demostrado mi lealtad miles de veces.

—*HAS FRACASADO UNA Y OTRA VEZ. NO ME HAS DEMOSTRADO NADA.*

Gul'dan se puso de pie a pesar del cansancio. ¿Fracasar? ¿Yo? Mantuvo ese pensamiento oculto. Había cumplido con su parte del trato. La Legión era la que había fracasado. Cada uno de sus planes había terminado en nada. Mannoroth, el despellejador de miles de mundos, había muerto en una emboscada. Auchindoun y su gran poder habían sido capturados solo por unos instantes.

Incluso Archimonde había caído.

Una idea peligrosa emergió. ¿Por qué debería esperar que las cosas fueran distintas esta vez? Gul'dan enterró esa pregunta en lo profundo. Muy en lo profundo. Gul'dan enterró esa pregunta en lo profundo. Muy en lo profundo.

—¿A dónde debo ir entonces? —preguntó con una voz tan fría como la muerte.

—*DESANDA TUS PASOS.*

Gul'dan miró hacia el océano. —No entiendo.

—*YA HABÍAS VISITADO ESTAS ISLAS. HACE DÉCADAS. ¿NO LO SIENTES?*

—Ese no era yo —dijo Gul'dan. Una sensación molesta y helada se apoderó de él. Saber que ya había habido un Gul'dan que había vivido y perecido en este mundo, en esta otra línea de tiempo, hizo que su piel se erizara. —No somos iguales.

—*SI NO LO SON, NO SIRVES PARA NADA. VE AL NORTE.*

La desobediencia no era una opción. No todavía. Gul'dan empezó a caminar de nuevo, con lentitud, intentando percibir algún signo de adivinación. Estaba seguro de que el archimago Khadgar ya estaba buscando en estas islas. Los carroñeros caídos de la noche deambulaban, pero huían al sentir la amenaza del brujo. Muchos se escondían en los naufragios de décadas atrás que adornaban la costa. Gul'dan estaba satisfecho; sería frustrante para Khadgar inspeccionarlos a todos. No había ni siquiera un cuervo a la vista, aunque algunos buitres vigilaban en lo alto. Mantenían su distancia.

—¿Qué sucedió aquí? Con... el otro. Las preguntas eran amargas, pero necesitaba saber. Todo lo que había escuchado, entre los gritos de los desafortunados soldados de la Alianza y la Horda que habían caído bajo su cuidado en Draenor, era que el Gul'dan de esta línea de tiempo había

acompañado a la primera Horda a la guerra. Al final lo habían derrotado y asesinado. No tenía muchos detalles al respecto. Quizás eso significaba que Gul'dan había tenido un final ordinario, una muerte poco digna de cuentos. No era una idea muy agradable.

—*LEVANTASTE UNA ISLA, THAL'DRANATH, DE ENTRE LAS AGUAS.*

—¿A tus órdenes? —preguntó Gul'dan.

—*NO ESTÁS AQUÍ PARA HACER PREGUNTAS. ESTÁS AQUÍ PARA VISITAR ESA ISLA DE NUEVO. ES UN VIAJE LARGO, MUÉVETE.*

Los pensamientos de Gul'dan siguieron deambulando por aguas peligrosas. "Debe haber algo peligroso en este lugar. Si no, ¿por qué querría Kil'jaeden que siguiera ignorante? Puede que tenga que obedecerlo, pero no tengo que confiar en él", decidió Gul'dan. Después de todo, Kil'jaeden era conocido como "el Falsario" por muy buenas razones.

—¿Por lo menos puedo preguntar qué hay en esa isla?

—*LA TUMBA DE SARGERAS.*

En ese momento, un silencio de muerte cayó sobre la isla. Los buitres se alejaron volando y los roedores huyeron a sus madrigueras.

Alguien se acercaba. Gul'dan se detuvo. Escuchó, esperó. Con cuidado, con mucho cuidado, se envolvió en poder vil, un truco sencillo pero útil. Gul'dan sería invisible para alguien a una distancia mayor a dos pasos. Quien se acercará más, dejaría de ver para siempre.

Mantuvo sus ojos abiertos, pero su mente trabajaba. —¿La tumba de Sargerass? ¿Está muerto? —susurró.

—*NO ENTIENDES NADA.*

Kil'jaeden había respondido así a muchas de las preguntas de Gul'dan. La paciencia del orco se debilitaba cada vez que escuchaba esa respuesta.

Alguien se movía entre las rocas. Gul'dan lo sintió antes de verlo.

Un rápido movimiento llamó su atención. Ni siquiera una piedra sonó a medida que una figura cubierta se deslizaba con pisadas silenciosas. Emergió en un parche de luz, sus hojas curvas y armadura esmeralda brillaban, cada movimiento suyo estaba lleno de confianza y propósito. Ni siquiera un centímetro de piel era visible bajo su casco, pero esto no parecía impedir que inspeccionara todo a su alrededor.

Gul'dan sonrió. Cordana Cancionvil usaba algo parecido. ¿Una vigía? ¿Aquí? Muy interesante.

Se sintió tentado a emboscarla, pero se dirigía al norte, así que la siguió. Si había una, era probable que encontrara más. Esos Caídos de la Noche eran débiles y sus esencias de vida le habían dado poco poder a Gul'dan. Las almas de las vigías serían algo que valdría la pena recolectar.

Kil'jaeden no dijo nada para detenerlo. Y el orgullo de Gul'dan ardió, sí, se carcomía al preguntarse si su amo le permitiría este pequeño espacio de libertad.

La magia de Gul'dan lo mantuvo oculto en su persecución de la vigía. Se detuvo un par de veces mientras ella cambiaba de curso y giraba bruscamente en patrones irregulares antes de volver a su rumbo original. Buscaba algo. ¿A él? Poco probable. Solo un tonto se atrevería a cazar a Gul'dan solo. Incluso Khadgar había buscado primero la ayuda de aliados.

Pronto, la vigía rodeó el borde de un acantilado y salió a una meseta. Media docena de vigías la esperaban allí.

Sí...

Gul'dan aguardó en la sombra, reuniendo su poder mientras la vigía que había seguido se unía al resto. Solo escuchaba partes de su conversación.

—...Caídos de la Noche muertos...

—...nafragio en el horizonte...

—...como ordene, celadora Cantosombrío.

Gul'dan los observaba. Ese nombre le era conocido. ¿Dónde había...? Ah, sí. Maiev Cantosombrío. Era la líder de Cordana, se hablaba de ella con miedo. Si alguna vez se enterara de mi traición, había dicho Cordana, tendré que rogar por una muerte tan rápida como la de Illidan.

Si Gul'dan pudiera acabar con Maiev en ese instante, sería una amenaza menos de la que preocuparse.

Preparó su emboscada, un torbellino abrasador de muerte. No tenían oportunidad. Ni siquiera sospechaban que se encontraba ahí. Levantó sus manos y...

—ESCÓNDETE.

La voz de Kil'jaeden retumbó en su mente. La fuerza de la voz hizo que Gul'dan por poco colapsara. Bajó sus manos, la emboscada estaba olvidada. —¿Qué...?

Entonces lo escuchó.

El graznido de un cuervo atravesó la meseta.

Gul'dan disipó su ataque en un instante, con la esperanza desesperada de que no lo hubiesen sentido. Miró hacia arriba, el cuervo bajaba en picada. Por un segundo, Gul'dan pensó que lo habían descubierto.

Pero el cuervo apenas rodeó la meseta un par de veces y luego se lanzó hacia las vigías, quienes lo observaban mientras se acercaba. En un abrir y cerrar de ojos, el cuervo se transformó. El hombre que emergió caminaba con un paso confiado.

Los ojos de Gul'dan se encendieron. Apretó la mandíbula lo suficiente para sentir dolor.

—Hola, Maiev —dijo Khadgar mientras sacudía una pluma de su hombro.

—No recuerdo haberte llamado, archimago —respondió fríamente la líder.

—No has perdido ni un poco de tu encanto legendario —replicó Khadgar. Luego se puso a su lado y empezaron a hablar tan bajo que Gul'dan no pudo escuchar.

Gul'dan maldijo en silencio. —Debería acabar con este tonto ahora —dijo.

—*SON IRRELEVANTES. VETE.*

—Puedo matarlos a todos.

—*NO ESTÁS AQUÍ POR ELLOS. OBEDECE, GUL'DAN.*

Khadgar estaba justo ahí, vulnerable.

En ese momento, Gul'dan consideró la traición. Sabía que someterse a la Legión Ardiente requeriría servicio. Lo había aceptado. Y a cambio había recibido un poder extraordinario.

Pero no había hecho un pacto para ser una marioneta.

Había entregado a otros a la obediencia ciega, y si el hijo idiota de Grommash Grito Infernal no hubiera interferido, habría entregado a muchos más, pero esa no sería su suerte. No. Su destino era gobernar mundos para la Legión. Servicio, no esclavitud. Si la Legión no está de acuerdo, el pacto ya está roto, pensó Gul'dan.

Pero en este momento, la traición significaba la muerte. Había enemigos en todos lados. Este mundo era extraño y estaba en su contra. Gul'dan desconocía cuál era el poder que la Legión quería que recuperara. Kill'jaeden lo mantenía con una correa corta. Demasiado corta como para rebelarse.

Gul'dan jugaría a la mascota obediente, por ahora. —Obedezco, Kil'jaeden —dijo y se retiró lentamente.

—*TU DESTINO ESTÁ AL ESTE. ENCUENTRA LA MANERA DE ATRAVESAR LA BAHÍA. NO TIENES TIEMPO DE VAGAR POR SURAMAR.*

Gul'dan tenía una idea sobre eso. Dejó a Khadgar y a las vigías y regresó a la costa del este. Allí, sobre un naufragio con marcas de la Alianza, se encontraba un bote de remos. Estaba amarrado a la nave con una cuerda podrida. Un tirón firme hizo que el bote bajara al suave oleaje. Nunca había remado, pero era fácil aprender, y no tenía que ir muy lejos. Pronto puso una distancia prudente entre él y la costa (y Khadgar), bajó los remos y usó medios más placenteros para avanzar. La estela del bote brillaba con un verde oscuro. De vez en cuando, un pez emergía con la panza hacia arriba.

Kil'jaeden lo mantuvo en la dirección correcta y en tan solo una hora el destino de Gul'dan se levantó sobre el horizonte. La isla era llana, pero una estructura extraña en ella apuñalaba el cielo. De cerca, se cernía sobre Gul'dan. Un monumento. Una promesa. Pináculos y baluartes dentados se erguían como testimonios de su importancia. Sin importar lo que fuese ahora, antes había sido una verdadera fortaleza. Para entrar se habría necesitado una invasión mucho mayor a la que la Horda de Hierro había planeado para este mundo.

¿Por qué habían abandonado un lugar así? Tal vez se había quedado en el tiempo. Pero Kil'jaeden tenía razones para llevarlo hasta ahí. Y a Gul'dan lo enfurecía no saber por qué estaban allí.

A poco de llegar, se sintió intranquilo. La isla le resultaba conocida. No por el paisaje, había algo que resonaba de ese lugar, un rastro de su propio poder, el poder del otro Gul'dan que permanecía de tiempos pasados. Ahora Gul'dan estaba seguro de que ya había visitado esta isla.

El casco podrido del bote de remos se deshizo mientras Gul'dan atracaba en la costa prohibida. Caminó el resto del trayecto hasta la tumba misteriosa, en donde sintió la magia desconocida del responsable de sellar la entrada. Había barreras físicas de roca y metal encantado, además de una variedad de cerraduras y puertas arcanas ocultas. No era difícil resolver este problema. Gul'dan empezó a hilar magia vil en patrones complejos y dismanteló cada obstáculo con facilidad.

—¿Qué hay adentro? ¿Guardias, trampas? —preguntó Gul'dan.

—*TU PROPÓSITO.*

Gul'dan hizo una pausa. No era la respuesta que esperaba. —¿Qué quieres que haga?

—*ABRIRÁS EL CAMINO PARA NOSOTROS.*

Gul'dan no entendía. —Ya intentamos eso en Draenor. Y también había tomado una cantidad considerable de esfuerzo. Todo en vano.

—*ALLÍ INTENTASTE ABRIR EL CAMINO TÚ MISMO. AQUÍ, SOLO DEBES GIRAR LA LLAVE. ENTONCES CONOCERÁS NUESTRO VERDADERO PODER.*

Otra barrera cayó, pero esta venía con una trampa. Docenas de lanzas forjadas con fuego y poder arcano se abalanzaron sobre Gul'dan. Balanceó su mano distraídamente y desaparecieron. Sus pensamientos se concentraban en otro lugar. —Este era el destino del otro Gul'dan. ¿Qué sucedió?

—*FRACASASTE EN TU PROPÓSITO.*

—No era yo —gruñó.

—*YA VEREMOS.*

—¿Cómo fracasó?

—*DESLEALTAD.*

Gul'dan no confiaba en nada de lo que decía el Falsario. Quizás aquí, como en Draenor, había sido la Legión la que había fracasado.

Pero me trajeron aquí dos veces por una razón. Algo en su interior era tan poderoso que ni siquiera la muerte podía cambiar el destino de Gul'dan. Tal vez ese destino estaba alineado con los planes de sus amos. Tal vez no.

Ese pensamiento dibujó una sonrisa en Gul'dan.

La defensa final en la entrada de la tumba quedó destruida. Gul'dan voló la puerta en pedazos con una explosión estruendosa. Ahora tenía que moverse rápido; el ruido llamaría la atención.

—Guíame, Kil'jaeden —dijo Gul'dan—. Tendré éxito.

Entró en la oscuridad de la Tumba de Sargeraz. Era claro que el lugar era enorme, con innumerables corredores que descendían a las profundidades. El peso de la magia de milenios pasados y los destinos de las almas de este mundo se agolpaban sobre él. Avanzó a rastras con rapidez. Kil'jaeden ya no tenía que apremiarlo. Gul'dan estaba ansioso por descubrir los secretos de la tumba, pues cualquier poder que residiera en su interior pronto estaría en sus manos.

No en manos de la Legión. En las tuyas.

Segunda parte: Viejos amigos

La voz de Maiev Cantosombrío era fría. —¿Terminaste, archimago? —preguntó.

—Casi. —Había poco tiempo. Khadgar envió al último elemental con instrucciones sencillas—. Encuentra a Gul'dan. La criatura, con forma de lágrima y compuesta únicamente de energía arcana, se alejó flotando. Más creaciones como esa ya estaban recorriendo la isla, de costa a costa, revisando las sombras. Una pena que no tuvieran la fuerza para una pelea real, pero Khadgar se daría cuenta si alguna era destruida.

Unos minutos antes, Khadgar había sentido un indicio de corrupción, pero no había durado. Si Gul'dan estaba cerca, probablemente se había retirado. Lástima. —Listo. Mis disculpas, celadora. Ahora, hablemos de la búsqueda.

—Tu búsqueda, no la nuestra —respondió Maiev.

—Ah, ¿así que los vigías ya no se ocupan de los intrusos? Es bueno saberlo. —respondió Khadgar con un tono suave—. Si Gul'dan es bienvenido aquí, entonces no tengo nada de qué preocuparme.

Eso no le hizo gracia a Maiev. —Si Gul'dan de verdad está aquí...

—Lo está —replicó Khadgar.

—Si lo está —repitió Maiev—, nos encargaremos de él. Luego de que discutamos tus fracasos en Draenor.

—¿Disculpa?

—Te enviamos a una vigía. Una hermana leal e incondicional que se había destacado muchas veces —comenzó ella.

—Maiev...

—Aun así, después de unos meses a tu lado, se volvió una traidora. ¿Por qué, Khadgar? ¿Qué tienes tú que hizo que se uniera a la Legión Ardiente?

—Pregúntale a Cordana cuando la veas —respondió Khadgar, con tanta calma como pudo, Maiev bien podría haberle clavado un cuchillo en el pecho—. No tengo dudas de que puedes persuadirla para que te responda. Pero no estoy aquí por eso.

—Ella nos envió informes, Khadgar —dijo Maiev—. Cordana estaba preocupada por el estado de tu mente. Muy preocupada.

—No hay tiempo...

—"Imprudente, arrogante, impreciso, terco. Lento para aceptar consejos". Y esas fueron solo sus impresiones iniciales. —Maiev y sus vigías se quedaron inmóviles, serias, un muro de desaprobación detrás del cual ninguna emoción podía divisarse—. Puede que cambiaras con los años, Khadgar, pero sonaba bastante familiar.

—Si quieres hablar sobre errores pasados, podemos hacerlo —dijo Khadgar—. Solo tardaremos un par de meses en repasar los míos. Y un par más con los tuyos —los ojos de Maiev se entrecerraron, pero Khadgar continuó—. Podemos hacerlo después. Ahora, busca en el sur —apuntó hacia el océano—. Seguro que tus vigías vieron humo sobre el agua. Son los restos del barco que robó Gul'dan. Lo quemó, junto con todos en él. —Ya no había humor en el tono de su voz—. Gul'dan está aquí. Pronto empezarán a encontrar los cadáveres. —Khadgar observó la forma en que los vigías se miraban entre sí—. Ah, ya lo hicieron. ¿Alguien importante?

La vigía lo miró con intensidad. —Unos cuantos Caídos de la Noche. Enviamos a Cordana contigo para evitar este tipo de desastres.

—Todavía podemos detener el verdadero desastre. La historia no se está repitiendo —dijo Khadgar—. Este Gul'dan no sabía cómo llegar aquí. Tampoco fue su decisión atravesar la Puerta Oscura. Alguien lo está guiando a cada paso.

—¿Por qué? ¿A dónde? ¿La Tumba de Sargeraz? Está vacía —agregó Maiev—. Ner'zhul tomó parte de su poder. Illidan tomó el resto.

Khadgar sacudió la cabeza. —Maiev, ya sabes qué desean sus amos: una puerta abierta hacia Azeroth. Ya intentaron crear una. Tal vez quieren intentarlo de nuevo.

—No es posible.

—No lo es para ti o para mí —respondió—. La Legión no se esforzaría tanto en una misión inútil. Gul'dan está aquí para reclamar la tumba en su nombre. Ayúdame, Maiev. Tú y tus vigías. Juntos podemos detenerlo. ¿No es eso exactamente lo que exige tu deber?

Maiev observó a Khadgar sin pestañear. Pasaron unos momentos.

Entonces, tomó una decisión.

—A mí —ordenó. Sus vigías se reunieron al instante, las órdenes salieron rápidamente—. Reúnanse en la Bóveda del Traidor. Quizás debamos trasladar todo en su interior.

Khadgar se quedó sin palabras.

Las tropas de Maiev saludaron y respondieron al unísono. —¡Sí, celadora Cantosombrío! Partieron sin dudar y desaparecieron por el sur. No hacia la tumba, sino en la otra dirección.

Khadgar no dijo nada. No pudo. Maiev le había ordenado a sus vigías que partieran. No lo ayudarían. —Maiev, ¿qué haces? —preguntó por fin.

Maiev lo miró. Ya sin sus subordinadas, sus palabras cayeron como un martillo sobre un yunque: —Fracasaste al detener a Gul'dan en Draenor. Fracasaste al detenerlo aquí. Robó un barco, ¿no es así? ¿Es tan difícil para un cuervo rastrear una nave lenta e impulsada por el viento? Son fracasos tan extensos como el océano.

Khadgar no podía creer lo que escuchaba. —La Legión Ardiente misma se nos opone. No sabes nada de lo que hemos enfrentado en Draenor —agregó.

Pero Maiev no había terminado. —Gul'dan navegó a las Islas Quebradas antes de que lo alcanzaras. ¿Y entonces qué? ¿Un pequeño incendio le permitió escaparse y nadar el resto del camino?

Un pequeño incendio.

Había sido una nave mercante con muchos pasajeros. Cuando Khadgar vio el barco por primera vez, Gul'dan había apilado los cadáveres disecados y marchitos de los adultos en la cubierta y usado a todos los niños, aún vivos, como escudos.

Entonces, con una sola chispa de fuego vil...

El recuerdo llenó a Khadgar de ira, y habló sin pensar: —Lo olvidaba, tú nunca sufres esos contratiempos. Recuérdame: ¿cuántas de tus hermanas dejaste que murieran durante la cacería de Illidan?

En el prado reinó un silencio absoluto. Cada segundo que pasaba expandía el abismo entre ellos.

Cuando Maiev respondió, lo hizo con rotundidad.

—Cualquier ayuda que te diera sería un desperdicio. Además, te equivocas. No queda nada en la tumba. Cada rastro de poder que alguna vez almacenó ahora está contenido en los restos de Illidan. Y esos están en la bóveda. Ese sería el verdadero premio de la Legión. Ahí es a donde iría Gul'dan. Así que mi deber me obliga a ir allí, a detenerlo —respondió.

Khadgar mordió su lengua para no responder. En verdad necesitaba su ayuda. —Celadora Cantosombrío —dijo, casi en súplica—, conoces la tumba, yo no. Esa puede ser una ventaja crucial.

Maiev le dio la espalda. —Buena suerte, archimago. Cuando te des cuenta de tu error, encuéntrame en la bóveda. Tenemos mucho más para discutir. —Y salió corriendo tras sus vigías.

Khadgar no intentó llamarla. —Muy bien —dijo por lo bajo. Unos segundos después, Maiev se había ido y Khadgar estaba atravesando los cielos como un cuervo. Rodeó los naufragios en un intento por sentir a Gul'dan. Fue inútil. No sintió ninguna presencia distinta a la de los Caídos de la Noche. O Gul'dan había encontrado la manera de atravesar la bahía, hacia Thal'dranath, o había huido al norte, hacia Suramar y Altamontaña. Una de esas posibilidades era mucho más peligrosa. Khadgar viró sobre el mar abierto, serpenteando hacia la isla oscura con la antigua estructura abandonada que se erguía sobre ella.

Por primera vez en años, quizás décadas, se sintió desesperado. Ni siquiera atravesar el Portal Oscuro en una misión suicida lo había colmado de un temor así. El objetivo de la Horda de Hierro había sido claro entonces: conquista. El fracaso de Khadgar habría significado su muerte. Incluso alcanzar el éxito había requerido el sacrificio máximo. Había cierta paz en enfrentar eso. Pero la Legión Ardiente... Khadgar la había estudiado por mucho tiempo, pero aun así no había descubierto sus verdaderos objetivos. Para la Legión, subyugar Azeroth era solo un medio para un fin. ¿Qué venía después de esclavizar o incinerar a toda criatura viva? No lo sabía. Y temía la respuesta.

Esa era una de las razones por la que se había concentrado en Gul'dan cuando estuvo en Draenor. Podías aprender mucho de la forma en que tus oponentes mueven a sus peones.

Y la Legión probablemente envió a su peón directo a la tumba de Sargerass, pensó Khadgar. Maiev tenía razón en algo: el lugar había perdido cualquier elemento útil hacía años. El Kirin Tor se había encargado de los naga, y los artefactos de poder restantes, escasos como eran, habían sido encargados a la protección de las vigías. Intrincadas cerraduras y barreras arcanas protegían toda la estructura, lo suficientemente fuertes como para alejar a los ladrones, aventureros y agentes siniestros de una vez por todas.

Solo un individuo muy poderoso y muy motivado podría lograr entrar. Eso significaba que Gul'dan no tendría muchos problemas para hacerlo. Solo era cuestión de descubrir cómo planeaba entrar...

¡BUM!

Bien, un misterio resuelto, pensó Khadgar. El ruido distante y amortiguado alcanzó sus oídos un instante antes de que una poderosa onda agitara el aire. Sus ojos de cuervo miraron hacia abajo, hacia la isla de Thal'dranath, mientras el viento parecía estremecerse entre sus alas. Una nube de polvo se levantaba sobre la Tumba de Sargerass. Khadgar se lanzó hacia ella.

La entrada estaba en ruinas, completamente destruida. Khadgar bajó en espiral hasta el suelo. Las alas se convirtieron en carne y cabellos plateados; sus dedos flexibles para posarse se tornaron en pies cubiertos con botas de suela blanda. Pasó en un instante, como siempre. De todos los trucos que había aprendido de su mentor, este era su favorito. Al tiempo que tocaba el suelo con los pies, extendió los brazos para alejar la persistente nube de polvo y piedra pulverizada. Todas las barreras, mágicas y físicas, que sellaban la tumba de este mundo habían desaparecido. Solo quedaban residuos viles. Era obra de Gul'dan.

Khadgar permaneció inmóvil. Escuchando, sintiendo. Podía sentir el cosquilleo distante de la magia vil. Gul'dan ya estaba en su interior. Ya estaba trabajando.

Sería extremadamente peligroso entrar solo, y podría tardar demasiado buscándolo en la tumba, corredor por corredor. El interior era como un laberinto. No había una forma fácil de seguir los pasos de Gul'dan.

"A menos que..."

No, era una idea estúpida.

Khadgar respiró profundo. Exhaló. Seguía siendo una idea estúpida, pero no se le ocurrió nada mejor.

—Pues bien... —dijo sin esperanza. No le quedaba más que hacerse cargo.

Khadgar corrió al interior e inmediatamente fue recompensado con dolor. Un charco oscuro se abrió bajo sus pies. Abisarios lamentosos lo atravesaron desde otro plano de existencia y tomaron sus piernas, el suyo era un toque congelado, su agarre tan fuerte como para convertir huesos en polvo. Khadgar desató una explosión arcana contra sus rostros sin forma y quedó libre.

La trampa de Gul'dan había fallado. Su primera trampa. Habría más, seguro. —Y eso es bueno —murmuró Khadgar. Cuando encontró una habitación con corredores que se ramificaban, envió un rayo de energía por cada túnel.

Una llamarada de fuego explotó en el túnel de la izquierda. Perfecto.

Khadgar giró a la izquierda y atravesó las llamas. Adelante, a unos cien metros, lo esperaba otro cruce. Esta vez, el túnel del norte brillaba. Khadgar ni siquiera se detuvo para destruir la trampa.

Gul'dan era manejado por alguien. Eso era claro. No habría tenido tiempo para dejar rastros falsos. Khadgar siguió corriendo. Podía seguir las trampas de Gul'dan. Su plan no era tan malo después de todo.

Corredor tras corredor, pasaje tras pasaje, Khadgar siguió corriendo. Las trampas de Gul'dan eran débiles, creadas con apuro. Khadgar se negaba a aligerar el paso. Eso salvó su vida cuando una flecha gigante salió de una dirección inesperada. Si Khadgar hubiera estado un paso atrás, la lanza de fuego verde giratorio habría perforado su corazón en lugar de rasgar la parte trasera de su capa.

Mientras se adentraba más en la tumba, Khadgar notó las líneas elegantes inscritas en los muros. ¿Runas arcanas? Era raro encontrarlas en un lugar así. Eran desconocidas, más avanzadas que cualquier otra cosa que hubiera visto. Eso era problemático. Algunas brillaban. Más problemático aún. Gul'dan no tenía experiencia con lo arcano.

¿O sí? Pensó Khadgar rápidamente. ¿Qué está sucediendo? Aegwynn había fortificado este lugar siglos atrás, ella era la guardiana más poderosa que había caminado este mundo. Lo que sea que hiciera aquí, superaba por mucho las habilidades de Khadgar.

Y estaba bajo la influencia de Sargerass cuando lo hizo.

Esa idea hizo que Khadgar se detuviera en seco. Otra trampa, solo a centímetros, se agitó y explotó. Se protegió con un gruñido de molestia y no sintió nada. Una de las runas estaba tallada en el techo del salón. La estudió con cuidado. Sí, nunca la había visto, pero la manera en que sus ángulos se doblaban, la manera en la que canalizaba energía... tenía un propósito familiar.

Una runa como esta podía usarse como parte de una cerradura.

No una cerradura, comprendió Khadgar con horror. Esta runa era una pequeña parte de una llave. Una llave enorme y oculta, esparcida por toda la estructura de la tumba misma. Su complejidad era... cósmica. Khadgar no podía pensar en otra palabra. Tratar de comprenderla con una sola runa era como tratar de estudiar el océano con una sola gota de agua.

—Que la Luz nos ayude —respiró Khadgar. No había misterio sobre lo que abriría la llave. La Legión Ardiente había intentado crear un portal en este lugar hacía mucho, mucho tiempo. Había fracasado. El poder de la Legión había quedado inerte. Todos los eruditos del Kirin Tor estarían de acuerdo en eso.

"La Legión Ardiente sabe algo que tú no; de lo contrario, su marioneta no estaría aquí", Khadgar se recordó a sí mismo.

¿Había construido Aegwynn esta llave intencionalmente? ¿O era Sargerass el responsable, trabajando a través de ella, corrompiendo sus acciones de una forma tan sutil que no pudo notarlo? Khadgar no lo sabía. Todo lo que podía deducir era que esta runa tenía un propósito

deliberado. Si intentara modificarla, seguro bloquearía su poder. O podría devolvérselo. Ese tipo de cosas tendían a ser un poco fatales.

Empezó a correr de nuevo. Gul'dan estaba cerca. Si Khadgar eliminaba al único peón de la Legión en la isla, los planes de los demonios quedarían hechos polvo.

El corredor empezó a doblarse en la misma dirección. Khadgar dejó que lo llevara al interior, hacia las ráfagas latentes de vileza. No había más trampas.

Una entrada estrecha y decorada llevó a Khadgar hasta una cámara enorme, su techo se fundía con las sombras. Y allí, en el centro, estaba su presa.

Gul'dan estaba en el suelo, agachado, haciendo señales pequeñas sobre una baldosa brillante. Se volvió, y Khadgar vio cómo sus ojos rojos se dilataban con sorpresa.

Khadgar dio un paso adelante sin señal de duda. —Ha pasado mucho tiempo, viejo amigo. — Una energía letal brotó de las manos del archimago—. Había estado esperando esto.

Gul'dan rugió: —Con que sí, ¿eh?

Un fuego verde se entrelazó con el poder violeta.

La Tumba de Sargeris se estremeció. La batalla había comenzado.

Tercera parte: La furia de la tumba

Olas colosales de energía chocaron y se entrelazaron hasta convertirse en un vórtice rebosante de poder arcano y vil. La enorme cámara se estremecía y ondulaba, torrentes de fuego fluían a través de ella, y aun así ni Khadgar ni Gul'dan vacilaban, cedían o siquiera parpadeaban.

En su lugar, Khadgar sonreía y mostraba los dientes. Tenía los brazos extendidos hacia adelante y el mentón en alto. No había ilusiones en este lugar. Solo una avalancha de poder puro y bruto.

Del punto exacto en el que colisionaba su furia emergía fuego. El aire mismo amenazaba con encenderse. Si lo hacía, todo dentro de la tumba quedaría destruido, incluso Khadgar incluso Gul'dan.

A pesar de eso, ninguno cedía.

—*GUL'DAN, DETÉN ESTO.*

Esa aborrecida voz de nuevo. Kil'jaeden. —¡No te metas en esto! —vociferó Gul'dan.

—*OBEDECE. RETÍRATE.*

—¡Puedo matarlo! —respondió Gul'dan enfurecido.

Khadgar sonrió, el sudor empezaba a brillar en su frente. —¿Quién es ese, Gul'dan? ¿Quién sostiene tu correa? Gul'dan respondió con un rugido sin palabras, lanzando incluso más poder al archimago. Volaron chispas, pero Khadgar desvió la energía con una risa ronca. —¿Cuál de tus amos falta por morir?

La voz de Kil'jaeden se apoderó de la mente de Gul'dan.

—*¡ACABA CON ESTO! NINGUNO DE USTEDES PUEDE MORIR HOY.*

—¡¿Qué?!

—*HAZLO, ¡AHORA!*

No era tan solo una orden, era un ultimátum. Gul'dan obedecería o sería expulsado de la Legión. De inmediato.

Así que obedeció. Gul'dan abrió los brazos y convirtió su poder en una delgada cortina de fuego vil puro. El ataque de Khadgar la hizo añicos, pero al tiempo que colapsó, desató una explosión

de luz cegadora. Khadgar se cubrió los ojos. Para cuando el resplandor se desvaneció, Gul'dan ya no estaba.

Khadgar se enderezó y se quitó el polvo de los hombros. Los hilos de su toga habían comenzado a arder. —Sé que estás aquí, Gul'dan —dijo—. No tienes a dónde ir.

Gul'dan merodeaba en las sombras. El pequeño truco que había usado en contra de los vigías evitaría que Khadgar lo viera físicamente, pero Gul'dan sabía que el archimago tenía otros modos de encontrarlo. —No puedo completar tu tarea sin que me encuentre —le dijo Gul'dan a Kil'jaeden en voz baja—, déjame matarlo.

—HARÁ LO QUE SEA PARA LLEVARSE LA VICTORIA. ESA SERÁ NUESTRA OPORTUNIDAD. MÁS ADELANTE.

Gul'dan no entendió el significado de esas palabras. Pero ahora sabía que la Legión Ardiente también tenía planes para Khadgar.

Y eso llevaba a preguntas interesantes. ¿En verdad creen que pueden convertirlo? Si tienen éxito, ¿seguirán necesitándome? La traición volvía a ser algo atractivo.

Gul'dan seguía moviéndose en la oscuridad. Khadgar empezó a invocar unos orbes arcanos brillantes que disipaban la oscuridad poco a poco.

También llenaba la cámara con palabras: —¿Qué tan importante eres, Gul'dan? ¿Es Kil'jaeden quien te controla? ¿O uno de sus perros falderos?

Su voz parecía salir de cada piedra al mismo tiempo. Una idea astuta. Ocultaba su ubicación. Gul'dan descifró rápidamente cómo imitar eso. Un pequeño toque de vileza y su propia voz resonaba por toda la cámara. —Khadgar, nunca te agradecí por tu ayuda. Habría sido difícil acabar con la Horda de Hierro yo solo. Tú y tus amigos fueron bastante útiles —dijo.

Khadgar rió. —Sí y todo terminó tan bien para ti. Te daré ese tipo de ayuda cuando quieras. Giró y una explosión de fuego se dirigió a Gul'dan. Pilares de roca se evaporaron, rocas caían desde el techo, con tal estruendo que parecía una avalancha.

Gul'dan no se movió mientras dejaba que el caos se calmara. El ataque había fallado solo por unos cuantos metros. Tal vez no se había ocultado tan bien como esperaba... Pero tras un momento, Khadgar se dio vuelta. Un poco de suerte, nada más.

Gul'dan tenía un buen ángulo de la espalda de Khadgar, pero tenía prohibido aprovecharlo. Era absurdo. Tal vez tendría permitido cometer un error en el calor de la batalla. Kil'jaeden tal vez se enfurezca, pero todavía me necesita, pensó. Cuando el momento fuera oportuno, Gul'dan probaría su teoría.

Hasta entonces, debía apurarse con su tarea. No más vueltas torpes con cada paso. — Kil'jaeden, dime qué hay en esta tumba y cómo liberarlo —susurró Gul'dan.

Reinó el silencio. Finalmente, Kil'jaeden cedió.

—*ESCUCHA CON CUIDADO.*

Así lo hizo. Mientras Kil'jaeden hablaba, la boca de Gul'dan se retorció en una sonrisa siniestra.

Khadgar caminó lentamente por el centro de la cámara, sin intentar siquiera enmascarar sus pasos. El área era enorme. Hileras de pilares se extendían en la oscuridad, apenas visibles por el brillo de unas runas semidespiertas. Gul'dan tenía una fuente interminable de escondites. Sería más fácil obligarlo a salir que cazarlo entre las sombras.

—¿Tienes miedo, Gul'dan? —No hubo respuesta. Khadgar esperaba que cada palabra, cada paso, fuera como una daga que perforaba el orgullo del brujo; Gul'dan no estaba complacido con la orden de retirada. ¿Acaso la Legión Ardiente lo guiaba tan de cerca? Khadgar habló con liviandad—. ¿Alguna vez has tenido que derrotar personalmente a un adversario preparado? ¿Alguien que sabe exactamente lo que eres? Ciertamente, tu otro yo nunca lo hizo. Luchó desde Draenor hasta Azeroth y devastó ciudades enteras, pero siempre tuvo a otros que hacían el trabajo sucio. Esto debe ser muy incómodo para ti.

Un débil crujido. Piel sobre tela. Esa fue toda la advertencia que tuvo Khadgar. Gul'dan estaba levantando las manos.

Un muro descomunal de fuego verde se dirigía velozmente hacia la espalda expuesta de Khadgar. Dejó que se acercara. Sintió el calor en la nuca antes de hacer un gesto sencillo. La magia arcana congeló el aire a su alrededor y lo envolvió en una barrera de hielo.

El fuego de Gul'dan apenas pudo derretir unas cuantas gotas. Con un rugido, Gul'dan se retiró a las sombras de nuevo. Khadgar sonrió. Otro gesto y la barrera se convirtió en miles de esquirlas pequeñas que cubrieron el suelo con un sonido musical. Khadgar se sacudió el frío repentino y continuó caminando mientras sus botas convertían el hielo en charcos. —Casi me diste —dijo.

Un gruñido ahogado de dolor flotó por la cámara.

Khadgar no pudo evitar reír. —¿No tenías permiso para atacarme? ¿Cómo se siente la disciplina de la Legión, Gul'dan? ¿Listo para ser una buena mascota?

La voz del orco casi explotaba de ira contenida. —¿Crees en el destino, humano? —preguntó.

Una pregunta extraña. —Conozco tu destino —replicó Khadgar.

—¿Qué hay de la redención?

—¿Redención? ¿Para ti? No —bufó Khadgar.

—No, no para mí —admitió Gul'dan—. Tu clase de redención me aburre. También aburrió al hijo de Grito Infernal por lo que escuché.

Eso era cierto. —¿Qué es lo que quieres? Imagino que ser una marioneta no te atrae.

—Quiero que mis enemigos ardan —dijo Gul'dan.

—Encantador —dijo Khadgar. No salieron más ataques de las sombras. Gul'dan estaba haciendo tiempo.

Khadgar inspeccionó la cámara. Un pedestal cercano brillaba, lo que atrajo su atención. Reconoció las runas sobre él. Eran obras antiguas de Altonatos. Durante la Guerra de los Ancestros, cuando la Legión intentó abrir un portal aquí (lo que habría creado un segundo frente, más o menos), se necesitó un importante esfuerzo mágico para sellarlo. Eso era exactamente lo que estaba viendo: uno de los cinco sellos. Los conocía solo por sus estudios. Khadgar se inclinó para examinarlo, era un trabajo fascinante, muy preciso, a pesar de que lo habían hecho con prisa. Seguía activo y emitía una luz violeta mientras...

Se escuchó un ruido. El sello emitió un destello verde; luego se apagó. Khadgar lo observó. Luego de unos segundos, un humo acre salió de él, pero la luz se había desvanecido permanentemente.

El sello había desaparecido, roto frente a sus ojos. Khadgar sintió una picazón en su mente: Gul'dan. Aunque oculto, estaba destruyendo los sellos.

¿Y cuando ya no estén? La Legión gana. Khadgar no podía esperar más. Manipuló energía hasta formar una lágrima que llegaba hasta sus hombros, después la llenó de poder. Aparecieron dos brazos, y el elemental arcano abrió los ojos. —A tus órdenes —dijo.

Khadgar apuntó a las sombras. —Hay alguien oculto. Patea algunas rocas hasta que lo encuentres —dijo.

—Obedezco —respondió el elemental. Realmente no podía patear nada, no tenía piernas, pero flotó hacia la esquina este sin hacer preguntas. Eso estuvo bien. Los elementales podían ser terriblemente literales. Con el tiempo, tropezaría con Gul'dan, no podía evitarlo. ¿Pero por qué parar con uno? Khadgar invocó más. Era tiempo de presionar al brujo.

Y con suerte a sus amos, pensó Khadgar. De repente se le ocurrió una idea nueva. La distracción podía adoptar muchas formas después de todo.

—Gul'dan —dijo—, tengo que preguntar, ¿la Legión te contó cómo moriste?

Ese no era yo, pensó Gul'dan. Pero su enfado luchaba con su curiosidad. ¿Acaso el archimago conocía el final del otro Gul'dan?

Kil'jaeden parecía haber leído su mente.

—IGNÓRALO.

—Eso hago —siseó, todavía adolorido. Luego de que Gul'dan atacara a Khadgar, su desobediencia había obtenido una respuesta rápida. Eso lo enfureció más. Ni los esclavos de Gran Magullador tenían que aguantar semejante trato, maldijo en silencio.

Observó la cámara. Ninguna de las creaciones de Khadgar estaba cerca. Gul'dan estaba usando solo una pequeña porción de poder vil, demasiado pequeña para que incluso Khadgar lo localizara.

Pero eso era todo lo que el brujo necesitaba.

Kil'jaeden había revelado la verdad de la tumba. La estructura original estaba protegida contra intrusos demoníacos desde hacía siglos, pero Gul'dan no era un demonio. No exactamente. Había mucho poder en este lugar y no todo era derivado de la Legión. Había sido extendido, invertido y ocultado con tanta habilidad que solo una persona lo había descubierto antes. Pero después de diez mil años de descuido, estos sellos, forjados con el poder de un titán por mortales imperfectos, tenían debilidades minúsculas. Debilidades fatales.

La Legión no podía tocar los sellos, pero los demonios los habían estudiado. Los antiguos diseñadores de los artefactos los habían creado para que acabaran con cualquiera que intentara destruirlos, pero Gul'dan sabía exactamente cómo abrir los cinco sellos de forma segura.

Ya había caído el primero, y Gul'dan seguía vivo. La Legión le daba instrucciones auténticas. Quedaban cuatro.

Gul'dan se esforzó y sintió que algo cedía. Toda la tumba tembló. Otro sello se había roto. Quedaban tres. Miró a Khadgar, quien inclinó la cabeza, pero no parecía comprender la

magnitud de lo que había sucedido. Romper los sellos no era un evento tan dramático como lo había supuesto Gul'dan.

Todo el poder que la Legión había preparado para abrir este portal parecía estar llamando a Gul'dan desde la distancia. Había estado dormido por mucho tiempo. Alguien debía reclamarlo.

Por otro lado, Gul'dan empezaba a sospechar que la Legión desconocía la otra fuente de poder que yacía debajo. Pero, aunque podía sentirlo, no podía blandirlo. Eso lo hacía irrelevante. Por el momento.

La voz de Khadgar se coló en sus pensamientos. —La Horda, la primera Horda, había asolado Lordaeron. Tú los abandonaste para venir aquí. —Uno de los elementales de Khadgar flotó cerca de Gul'dan, pero no lo vio—. Esta isla estaba bajo el océano. Tú la levantaste. Muy impresionante.

Gul'dan estaba concentrado en su tarea, con los dedos retorcidos involuntariamente. Su poder vil se movía en lo profundo de las runas de la tumba, en búsqueda del tercer sello. Ahí está. Gul'dan intentó tomarlo. No pudo. Era escurridizo. Cada vez que intentaba abrir su punto débil, fracasaba. Era como tratar de desatar un nudo de seda de araña en la oscuridad. Con los dedos de los pies.

—Y como recompensa por tu lealtad, ¿sabes qué pasó después, Gul'dan? —preguntó Khadgar.

De repente, Gul'dan perdió el control sobre su magia. El tercer sello no solo se quebró; quedó hecho añicos.

Un repiqueteo profundo sonó por toda la habitación y luego un estruendo. Gul'dan se congeló. Las creaciones de Khadgar dejaron de moverse. Empezó a escucharse un leve zumbido, y un tono tenue, entre verde y violeta, comenzó a brillar en cada roca que formaba la tumba.

Gul'dan no solo había abierto el tercer sello, accidentalmente había destruido el cuarto también. Era casi un milagro que no hubiera acabado con él.

Solo quedaba un sello. El placer de Kil'jaeden era inconfundible.

—BIEN HECHO. DESTRUYE EL ÚLTIMO.

Gul'dan vaciló. El último sello se sentía diferente. Lo investigó, pero no tenía punto débil. Parecía increíblemente fuerte y se volvía más poderoso con cada momento que pasaba. La tumba misma lo reforzaba. Energía arcana fluía hacia él.

Era demasiado complejo para ser un accidente. Alguien había anticipado este momento y había creado un mecanismo para detenerlo. Había otra fuente de poder involucrada. Gul'dan lo presentía. Era esa otra mortal, la que había reclamado este lugar hacía siglos. Esta era su obra.

—Kil'jaeden, ¿qué sucede? —susurró Gul'dan.

No hubo respuesta.

Más luz llenó la cámara. Gul'dan podía sentir que Khadgar preparaba una cantidad increíble de poder arcano. El archimago estaba claramente al tanto de que sucedía algo importante. — Ahora sé por qué este lugar se siente tan extraño —dijo Khadgar—. No sentía algo así desde mi entrenamiento. No sé por qué siento el poder de un guardián, Gul'dan...

Khadgar liberó la energía. Gul'dan se protegió, pero la magia arcano no viajó hacia adelante. Se manifestó en el aire. Una cuña brillante, tres veces del tamaño de Khadgar, brillaba y chisporroteaba, sus ángulos formaban un canto fino. Khadgar la rotó con las manos, y el canto quedó apuntado directo al suelo.

La voz del archimago se oía cansada pero decidida: —... pero veo lo que intenta hacer. —Los elementales arcanos se apresuraron hacia la cuña. Sus brazos se volvieron uno con ella—. Y creo que le ayudaré.

Gul'dan sintió brotar de Kil'jaeden una ola silenciosa de alarma.

Los elementales empujaron hacia abajo. La cuña golpeó el suelo y destrozó el piso de roca. Toda la cámara se agitó. Gul'dan cayó.

—¡MÁTALO! ¡MÁTALO YA, GUL'DAN!

Hasta ahí llegaban los planes de Kil'jaeden. Gul'dan se levantó, dejando que su capa negra cayera de sus hombros. Ya no necesitaba esconderse. Desechó todos sus trucos. —Obedezco, Kil'jaeden —respondió el orco mientras levantaba las manos.

Khadgar lo vio de inmediato. —Así que es Kil'jaeden —dijo, sonriendo. Sus manos también apuntaban hacia adelante.

Los poderes de Khadgar y Gul'dan se encontraron en el medio con un trueno ensordecedor. El calor de la batalla ablandó la roca bajo sus pies. Los elementales arcanos volvieron a levantar la cuña. La cámara se estremecía, los pilares colapsaban. Los elaborados mecanismos diseñados para abrir un portal se agitaban y se revolvían. La cuña subía y bajaba. Los turbulentos tintes violetas y verdes parpadeaban.

El lugar estaba a punto de colapsar. Khadgar bien podría destruir toda la cámara, y con ella, el portal de la Legión.

Gul'dan soltó ataque tras ataque. Khadgar los bloqueó todos. No necesitaba arriesgarse con un contraataque. Estaba ganando.

—Kil'jaeden —susurró Gul'dan—, necesito el poder de la tumba.

—No.

—Queda un sello, ¡y lo están protegiendo! ¡No puedo destruirlo y matarlo! —Las palabras azotaron la lengua de Gul'dan—. Ha tenido décadas para estudiarme. Puede soportar por mucho tiempo.

—*VAS A TRAICIONARME.*

Gul'dan infundió a la fuerza más poder en sus ataques. Khadgar flaqueó, pero recuperó la firmeza. Gul'dan gruñó con frustración. —Khadgar va a destruir la tumba. La Legión nunca podrá usar este lugar de nuevo. Confía en que quiero ver muerto a este tonto o confía en que todos tus planes arderán.

El sudor empapaba el rostro de Khadgar. —Olvidé terminar mi historia —dijo—. Cuando entraste a la tumba de Sargeras, moriste en una emboscada.

Gul'dan sentía la indecisión de Kil'jaeden. El Falsario me conoce muy bien, pensó. Pero había algo nuevo, un lago de fuego en otro reino, a su alcance...

—El otro Gul'dan no murió a manos de la Alianza ni de la misma Horda que traicionó —agregó Khadgar. Gul'dan no podía evitar escucharlo—. Entró a la tumba y los demonios lo despedazaron miembro por miembro. Supongo que dejó de serle de utilidad a la Legión Ardiente.

Las palabras dejaron a Gul'dan paralizado.

Alguna vez fue un marginado en Draenor cuya sola ambición era encontrar su próxima comida. La Legión le había abierto la mente a una verdad simple: la fuerza no puede ser ignorada. Nunca tendría hambre de nuevo.

Khadgar acababa de mostrarle otra verdad: la fuerza de Gul'dan dejaría de ser útil. No era solo una posibilidad que la Legión simplemente lo descartara. Era una certeza. Era su destino.

Y entonces, se llenó de poder.

Khadgar seguía hablando: —Me pregunto, Gul'dan, qué harán contigo cuando terminen. —Se detuvo. El humor dejó su voz; debió sentir el cambio—. ¿Qué estás haciendo, brujo?

Gul'dan detuvo el ataque contra Khadgar y centró su poder sobre el último sello. Toda su fuerza, todo el poder prestado. Gul'dan tomó el sello en un puño vil...

... y lo aplastó. La energía letal del sello quedó libre, crepitando contra la suya.

Y así, la protección desapareció. El reservorio de la Legión Ardiente, con suficiente fuerza para destruir las barreras entre los mundos, estaba libre, precipitándose hacia el portal enterrado en lo profundo de la isla.

Esa fuerza nunca llegó. Gul'dan la reclamó primero.

La mente de Gul'dan se llenó de fuego. Gritó, se tomó la cabeza con las manos y cerró los ojos con fuerza. Olvidó a Khadgar, olvidó la tumba. Sus defensas cayeron y la furia arcana de Khadgar barrió con él. Gul'dan no sintió nada. Se asfixiaba con poder. Se ahogaba en un océano sin fin.

Era vil. Y hermoso. Bebió profundamente.

Sintió dolor.

Y entonces encontró el equilibrio. Sintió el control.

Este... este era poder verdadero. Era lo que buscaba desde hacía mucho. Era lo que la Legión Ardiente le había prometido: una fuerza que no podía ser ignorada.

Y lo único que los demonios le habían dado hasta ahora eran sobras. ¿Por qué darle más a un tonto desechable?

Gul'dan abrió los ojos. —Adiós, archimago —dijo mientras levantaba solo un dedo.

Khadgar se recubrió de hielo.

Una furia apabullante hizo erupción. La cámara se agitó como un barco en mar gruesa. Los elementales arcanos y su cuña se evaporaron en un segundo.

El bloque de hielo, y el archimago en él, no era más que una pequeña piedra en un huracán. Aun así, sin importar cuán fuerte apretara el brujo, no se rompía. Eso lo sorprendió. Sentía que podía abrir el mundo entero en dos si era lo que quería. Pero era un contratiempo menor. Khadgar podría morir después. Gul'dan movió la mano y el hielo salió volando por la entrada,

lejos de su vista. Luego hizo colapsar el arco de la puerta. Toneladas de roca cayeron y sellaron la cámara. Si Khadgar seguía vivo, ya no sería un problema.

Gul'dan había ganado. El poder dentro de él era inimaginable. Las posibilidades, infinitas.

Sin embargo, Kil'jaeden seguía pensando que podía dar órdenes.

—HICISTE UNA PROMESA, GUL'DAN. COMPLETA TU TAREA. ABRE EL CAMINO PARA NOSOTROS.

Gul'dan respiró profundo, saboreando el momento.

—No, Kil'jaeden —respondió—. No lo haré.

Cuarta parte: A solas

Khadgar se puso lentamente de pie, temblando. Le dolía cada centímetro de su cuerpo. De él cayeron unas esquirlas de hielo derretido hacia el suelo. ¿Así se sentía morir? ¿El frío entumecedor, la miseria del fracaso?

El corredor estaba oscuro. Distráido, Khadgar invocó una bola de luz, que reveló el muro de rocas derrumbadas en donde alguna vez había existido una entrada.

Gul'dan estaba del otro lado, blandiendo el poder que conduciría a Azeroth al apocalipsis.

Khadgar dejó de lado su terror. Gul'dan aún no le había abierto las puertas a la Legión. Tal vez la lección de historia del archimago había funcionado.

Invocó otra cuña arcana y la arrojó contra la pila de piedras, tratando de romperla. Aún había esperanza. Siempre existiría la esperanza.

Tenía que creer eso.

Kil'jaeden permanecía en silencio. Gul'dan no.

—No creo que Khadgar mintiera —dijo el orco. Estaba tranquilo. En Draenor, los garrn también lo estaban, justo antes de comenzar el festín. —El otro. El otro Gul'dan. Murió aquí en manos de la Legión, ¿no?

—*SÍ, ASÍ FUE.*

Gul'dan bajó la cabeza. —Eso quiere decir que la Legión Ardiente no cumple sus promesas. — Con este poder, no necesitaba a la Legión. Podría reclamar Azeroth por sí solo y cubrir de fuego a quienes se resistieran. Su primera víctima sería Khadgar. Pero morir a manos del fuego sería demasiado glorioso para él. El otro Gul'dan había creado esta isla; quizás sería buena idea devolverla a las profundidades. ¿Por cuánto tiempo sobreviviría un archimago bajo el agua? Sería interesante descubrirlo. —Una parte de mí siempre creyó que nuestro acuerdo no duraría —dijo el orco.

—*ES PORQUE ERES UN TONTO. TAN TONTO COMO FUISTE ESA VEZ.*

Las palabras de Kil'jaeden retumbaron con desaprobación. Gul'dan rió.

—Un tonto precavido, al menos —dijo.

Pero Kil'jaeden no había terminado.

—YO ESTUVE ALLÍ CUANDO TE UNISTE A NOSOTROS POR PRIMERA VEZ. LAS FALSAS AMBICIONES SIEMPRE ENVENENARON TU MENTE, GUL'DAN.

La satisfacción de Gul'dan se convirtió en rabia. ¿Falsas? Utilizó su nueva fortaleza para atravesar su vínculo con Kil'jaeden. Vio el rostro del eredar. —Planeabas deshacerte de mí desde el principio.

Los ojos ardientes de Kil'jaeden se encontraron con los de Gul'dan, sin pestañear.

—NO, GUL'DAN. TENTAMOS A LOS DÉBILES CON ABALORIOS Y RECOMPENSAS EFÍMERAS. A TI TE PROMETIMOS MUCHO MÁS QUE ESO.

Gul'dan habló con desprecio: —Una carnada más grande para un pez más grande. Pero me hubieras destripado de todas formas.

—MORISTE PORQUE NOS TRAICIONASTE. SE SUPONÍA QUE AYUDARÍAS A MI HORDA A EXTERMINAR CUALQUIER RESISTENCIA DE ESTE MUNDO. PERO LOS ABANDONASTE EN LA HORA DE LA VERDAD. DIVIDISTE A SUS EJÉRCITOS PARA RECLAMAR ESTE LUGAR. NUESTROS PLANES SE VINIERON ABAJO. MERECEAS TU DESTINO.

—¡Ese no era yo! —rugió Gul'dan.

—LA TRAICIÓN ESTÁ EN TU NATURALEZA. TE TRAJE HASTA AQUÍ DEL PESCUEZO PORQUE AÚN NO TIENES LA INTELIGENCIA PARA COMPRENDER TU VERDADERO POTENCIAL. INCLUSO AHORA CREES QUE POSEES UN PODER CONSIDERABLE. TE FALTA VISIÓN.

Kil'jaeden estaba sentado en un enorme trono de metal y cristales pulidos, materiales de una especie que Gul'dan jamás había visto. Pero ahora se puso de pie. Los sentidos agudizados de Gul'dan le otorgaban un atisbo de otro mundo. Podía olerlo, sopesarlo. Se preguntaba cómo se llamaría esa tierra, si podría visitarla alguna vez. ¿Cómo podría conquistar un lugar como ese?

—ESPERABA QUE TU VISIÓN FUERA MÁS GRANDE QUE LA DE TU OTRO YO. TAL VEZ AÚN SEA ASÍ.

—Me temo que volverás a decepcionarte, amo —dijo Gul'dan. —No veo motivos para superar mis falsas ambiciones.

Era inútil. A Khadgar le tomaría días regresar a la cámara usando solo la cuña. Solo tendría algunos segundos para detener a Gul'dan. La pila de rocas parecía no tener fin.

Tal vez podría atacar desde otro punto. Un lugar donde los muros no fueran tan gruesos. Un sitio donde el suelo fuera más delgado. Cualquier cosa. ¿O debía conjurar más elementales arcanos? No. No tenían la fuerza suficiente.

Los pensamientos de Khadgar no lo dejaban concentrarse en el ahora. ¿Cómo sería el fin de Azeroth? ¿Cuánto ardería en llamas? ¿Cuántas personas serían esclavizadas? ¿Cuántos de sus campeones caerían ante la corrupción en lugar de morir?

¿Cuántos mundos conquistarían en nombre de la Legión?

Entonces, una voz lo cambió todo.

—Te ves tan bien como esperaba, archimago.

Khadgar no se dio vuelta, no quería demostrar cuán aliviado se sentía. —Me alegra haber hecho el ruido suficiente para llamar tu atención. ¿Existe algún lugar que podamos atravesar? ¿Algún punto entre nosotros donde la roca no sea tan densa? —preguntó.

Maiev Cantosombrío se acercó a él y examinó el muro de escombros. —Encontraremos uno. ¿Gul'dan está solo?

Esa era una pregunta difícil de responder. —Digamos que sí, por ahora. No tenemos mucho tiempo.

—Claro que no —respondió Maiev.

—Maiev. —Khadgar se puso serio. Ella había regresado; merecía una advertencia. —Fracasé.

Maiev lo miró sin expresión. —¿Y?

—Tu y yo ya no podremos detenerlo.

—No te veo corriendo.

Bueno, era un argumento sólido. —Entonces eso está resuelto —dijo Khadgar.

—Por aquí. —Maiev lo condujo hacia el túnel del este.

Kil'jaeden se inclinó hacia adelante. El aire parecía temblar.

—Desde un principio creíste que estabas destinado a gobernar. Y lo estás. También creíste que estabas destinado a ser tu propio amo.

Sus próximas palabras resonaron con decisión.

—*ESO JAMÁS SUCEDERÁ.*

—¿No? —dijo Gul'dan en voz baja. —Dadas las circunstancias...

—*TODA CRIATURA SIRVE A UN AMO. INCLUSO YO. ESA ES NUESTRA ELECCIÓN: SERVIR A OTRO O MORIR SOLO.*

Gul'dan permanecía impasible. —Tal vez tú te inclines ante mí algún día, Falsario —dijo el orco.

—*¿CUÁN LEJOS LLEGARÁS? ¿CUÁNTOS MUNDOS DOMINARÁS? EL PODER QUE POSEES NO DURARÁ PARA SIEMPRE. ERES INSIGNIFICANTE ANTE LA LEGIÓN.*

—Ya veremos.

—*LA SERVIDUMBRE NO ES UNA PRISIÓN. TÚ ME SERVIRÁS, OTROS TE SERVIRÁN A TI. IMAGINA CÓMO SERÍA SER EL AMO DE TANTAS ALMAS. IMAGINA CUÁNTOS EJÉRCITOS DE LA LEGIÓN PODRÍAS COMANDAR. IMAGINA CUÁNTO HARÁS ARDER EN LLAMAS POR NOSOTROS.*

Gul'dan observó a Kil'jaeden. Todo ese poder, toda esa furia. Pero ya no puede controlarme, pensó. No necesito sus promesas vacías.

Kil'jaeden parecía sentir cómo la distancia aumentaba entre ellos.

—*SUFICIENTE, GUL'DAN. DECÍDETE. PUEDES DEMOSTRAR TU LEALTAD. REGRESA TU PODER AL PORTAL Y EL CAMINO SE ABRIRÁ. O TRAICIÓNANOS UNA VEZ MÁS. LA ÚNICA SATISFACCIÓN QUE TE QUEDARÁ ANTES DE QUE TE DESTRUYAMOS SERÁ LA VENGANZA INÚTIL CONTRA INSIGNIFICANTES MORTALES.*

El eredar agregó algo más antes de callar.

—*ESCUCHA BIEN: PUEDES LLAMARME "FALSARIO", PERO NUNCA TE MENTÍ. NI UNA SOLA VEZ. NI EN ESTE MUNDO, NI EN EL TUYO.*

Con eso dicho, Kil'jaeden expulsó la mente de Gul'dan.

La cámara estaba en silencio y Gul'dan quedó a solas. Kil'jaeden se encontraba muy lejos de allí.

La única perturbación era un ligero temblor. Khadgar intentaba volver a entrar. Un esfuerzo inútil.

Y en cuanto a la Legión Ardiente... no era una decisión difícil. Los días de servidumbre habían terminado para Gul'dan. No había nada que pudiera detenerlo. No volvería a tener un amo a quien servir.

Una pizca de duda recorrió sus entrañas. Hizo una mueca y esperó a que el poder que lo inundaba la hiciera desaparecer. Pero eso no sucedió.

Gul'dan comenzaba a molestarse. Tal vez se trataba de una debilidad mortal que jamás podría superar: la falta de confianza en sí mismo. Examinó sus sentimientos. Confiaba enormemente en la fuerza que poseía. ¿De dónde vendría esta incertidumbre?

El suelo volvió a estremecerse. Khadgar. Y ya no estaba solo. Gul'dan podía sentir también la presencia de Maiev Cantosombrío. Había regresado. Eso era inesperado. Cuando Gul'dan los observó más temprano, había notado cierta hostilidad entre ellos. Habían superado sus diferencias demasiado rápido y ahora trabajaban unidos.

¿Querían entrar? Estupendo. Si querían una muerte rápida, la tendrían, y eso despejaría cualquier duda en la mente de Gul'dan.

Y entonces no quedaría nadie en Azeroth capaz de oponerse a su poder.

Excepto...

Justo allí. Esa era su incertidumbre.

Khadgar ya había sido derrotado y sin embargo no se daba por vencido. A Cantosombrío no le agradaba la presencia del archimago, pero aun así arriesgaba su vida para ayudarlo. Eran solo dos; pero había otros.

Esos otros...

Juntos... habían enfrentado y vencido a las fuerzas de la Horda de Hierro.

Juntos... habían combatido a la Horda corrupta. Habían entrado a la ciudadela de Gul'dan para reducirla a cenizas.

Juntos... habían luchado contra la Legión Ardiente. Habían derrotado a Archimonde. Y si no huyeron de él, no huirían de nada.

Un auténtico terror se extendió por la mente de Gul'dan. Estaba en un mundo único con criaturas mucho más obstinadas que el propio archimago. Y él debería enfrentarlos a todos.

Solo.

Sin ningún amo al que obedecer.

Pero solo.

Gul'dan no sabía cuál era el alcance de su poder, pero conocía el de ellos. Se quedó allí de pie por un largo rato. Pensando, calculando.

Empezaron a rodar rocas por la cámara. Khadgar apareció en el agujero y se introdujo en su interior. Maiev lo seguía, con su media luna umbría en posición de ataque.

Corrieron juntos hacia él. Gul'dan solo observaba. Atacaron. Se los sacudió de encima sin siquiera levantar un dedo y los arrojó al otro lado de la cámara. Maiev dio una vuelta en el aire

y aterrizó en el muro suavemente en cuclillas, mientras que Khadgar solo se trasladó desde el aire de vuelta al suelo, descendiendo con facilidad. Lo intentaron de nuevo. Esta vez Gul'dan tuvo que moverse: la espada de Maiev pasó rozando su garganta. Khadgar invocó una lluvia de hielo. Gul'dan aplaudió y dos muros de fuego verde se cerraron de golpe. Khadgar debería haber sido aplastado como un insecto, pero consiguió evadirlo. Y allí estaba la celadora Cantosombrío, que intentaba atravesarlo de nuevo. El orco se abalanzó hacia ella, intentando desgarrarle la propia alma del cuerpo. Pero allí estaba el poder de Khadgar, bloqueándolo para que Maiev pudiera escapar.

—Ayúdenme a comprender. —La voz de Gul'dan se oía extrañamente tranquila, hasta para él mismo. —¿Por qué luchan? "¿Por qué luchas? No puedes hacer nada más que morir".

—Entonces, mátanos, si puedes —gritó Khadgar. Cantosombrío se puso de pie y golpeó un pilar con su espada dos veces, una señal de aprobación sin palabras.

Gul'dan no dudaba de que podía matarlos. Pero ya deberían haber muerto. Esa obstinada resistencia era exactamente lo que enfrentaría en este mundo, una y otra vez. Khadgar y Cantosombrío eran solo los primeros de muchos más.

No puedo derrotarlos solo.

Gul'dan podía matarlos. O podía obedecer a la Legión Ardiente.

Cerró los ojos. Con un gruñido, Gul'dan dejó libre su increíble poder. Kil'jaeden lo tomó y lo envió directo hacia la tumba. Los muros brillaban cada vez más, asemejándose al sol del mediodía.

Gul'dan sintió un enorme vacío en su interior. Todo ese poder se había desvanecido. La tumba no solo lo estaba usando, sino que además la estaba consumiendo. Ruidos horribles, grandiosos y ensordecedores anunciaban la creación de un puente que unía ambos mundos. De pronto, el portal estaba abierto. El aire entró a la cámara desde otro plano de la existencia, rugiendo con la velocidad de un huracán. Khadgar y Maiev cayeron al suelo, tratando de aferrarse.

Fue entonces cuando escuchó aquella voz tan familiar.

—BIEN HECHO, GUL'DAN. REALMENTE TIENES LA VISIÓN QUE ESPERABA DE TI.

Las palabras de Kil'jaeden ya no retumbaban en su mente. Ya no era necesario. Gul'dan sintió algo nuevo de la Legión Ardiente: confianza. Era una sensación vertiginosa.

—¿Y ahora qué hago? —preguntó Gul'dan.

—SOLO OBSERVA LO QUE HEREDARÁS.

Kil'jaeden jaló a Gul'dan hacia el portal para que presenciara la gloria de la Legión.

La luz se vertía en la oscuridad infinita, iluminando las filas de un ejército que se extendía más allá de su mirada. Estaban preparados. Siempre lo habían estado. Pero nunca habían tenido el camino despejado. No de esta forma. Un poder arremolinado los llamaba a otro mundo, y ellos obedecieron con gusto.

—No había soñado nada como esto —susurró Gul'dan.

—*ES EL PRINCIPIO DEL FINAL DE AZEROTH.*

Y allí estaba: Azeroth. Gul'dan se hizo a un lado mientras las fuerzas de la Legión Ardiente avanzaban sin detenerse. Pronto se uniría a ellos, pero no como un siervo.

Como un líder.

El corazón de Khadgar se le salía por la boca al ver que su peor pesadilla se hacía realidad. — ¡Rápido, Maiev! —gritó mientras corría.

Ella mantenía el ritmo, pero no respondió. No había nada más que decir.

La Legión Ardiente está aquí.

Gul'dan se había desvanecido en frente de sus ojos, siendo reemplazado de inmediato con muchos otros. No había nada que podrían haber hecho salvo huir. La Legión ya los perseguía. Khadgar no se atrevía a mirar atrás. Los muros que los rodeaban resplandecían y se derrumbaban.

De alguna forma, Gul'dan había destruido los cinco sellos ante sus propios ojos y había conseguido abrir el portal inactivo.

No puedo reactivar esos sellos, pensó Khadgar con desesperación. Ni siquiera podía imaginar el poder necesario para lograrlo. Así que escapó.

Podían ver la luz del sol emanando de una entrada más adelante. Maiev la alcanzó primero y cambió su curso hacia el norte. —¡Regresaré a la bóveda! ¡Tú atráelos!

Khadgar se dirigió hacia el este. —¡Buena suerte, Celadora!

—¡Lucha y muere con gloria, Archimago!

Khadgar abrió los brazos y ascendió hacia el cielo convertido en cuervo, canalizando su magia en un deslumbrante despliegue de luces y sonidos.

Y consiguió su objetivo. Un coro de chirridos irrumpió a sus espaldas. Dio un arriesgado vistazo hacia atrás. El suelo ya se retorció con el enjambre de la vanguardia de un ejército que planeaba conquistarlo todo. El cielo se oscurecía, ocultándose tras una torre creciente de humo verde que se elevaba desde la isla. Allí pudo ver una figura familiar. Gul'dan levitaba en medio del infierno y su risa acompañaba los horrores que había desatado. Señaló a Khadgar. Bandadas de demonios alados obedecieron su orden. Khadgar se esforzó para volar más rápido. Las fuerzas de la Legión lo perseguirían sin vacilar. Quizás eso les daría a Maiev y los vigías el tiempo que necesitaban.

O quizás no.

Pero ella había regresado. Era una victoria ínfima entre tanto fracaso, pero una victoria de todas formas.

Aprovechó una corriente de aire para impulsarse cada vez más lejos. Ya no se trataba de Maiev, ni de Khadgar. Y ni siquiera de Gul'dan.

Debe haber alguna forma de detener a la Legión.

Khadgar había fallado. Necesitaba respuestas. Necesitaba ayuda. Si se quedaba allí, no podría hacer más que morir.

Por eso siguió volando. Los demonios alados no parecían aminorar su velocidad, aunque sobrevolara el océano, alejándose cada vez más de las Islas Quebradas. Debía advertir al Kirin Tor. A la Alianza y a la Horda. A todo el mundo. Ellos responderían a su llamada, tal como lo había hecho Maiev.

Tenía que creer eso.

La gran pesadilla había comenzado, y nadie en Azeroth sería capaz de despertar de ella a solas.

FIN

©2016 Blizzard Entertainment, Inc. Todos los derechos reservados. Legion es una marca comercial y World of Warcraft, Warcraft y Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas comerciales registradas por Blizzard Entertainment, Inc. en Estados Unidos o en otros países.